

MADAMA DE POMPADOUR

¡Dios me perdone, señora, pero me parece que no tenéis camisa!

TULIA

Señora, en nuestro tiempo no se usaba.

Puede adivinarse fácilmente el asombro de Tulia en presencia del espejo, de un libro impreso, de las frutas confitadas y de la Ópera, es decir de la superioridad de los modernos sobre los antiguos, á lo menos desde el punto de vista de la vida cómoda.

En este cúmulo de misceláneas entran además otros trabajos de historia, como las *Memorias* sobre Lally, sobre Luis XV y los apéndices al *Ensayo sobre las Costumbres*; de física, como los elementos é ilustraciones de la *Física* de Newton ó la *Memoria sobre el fuego*; de literatura, como el comentario demasiado gramatical del teatro de Corneille, la *Vida de Molière*, los juicios acerca de Juan Bautista Rousseau, de Crebillon y del *Espíritu de las Leyes*; de filosofía, como las cartas filosóficas y el admirable tratado *Premio de la Justicia y la Humanidad*, que introducía tantas ideas nuevas en el fárrago bárbaro de las antiguas costumbres.

Sólo me resta decir una sola palabra acerca de la voluminosa correspondencia de Voltaire, y casi dan ganas de decir que es su obra más hermosa y la en que puso más de sí mismo, de su razonamiento seguro, de su buen sentido, de su precisión, de su ingenio, de su desembarazo, de sus dones para la conversación, de su excelente buen humor, de su malicia y de su bondad. Tan es así que para encontrar al verdadero Voltaire en la sinceridad de su vida y en la plenitud de sus impresiones, hay que vacilar entre casi todas sus obras, cartas, cuentos, misceláneas, teatro y tratados sabios. Pero se le encuentra tal como es en sus cartas, que nos le cuentan y nos le traducen y á veces le hacen traición en el curso de su vida. Escribía varias cartas por día, y siempre con esa facilidad ingeniosa, esa vivacidad de giros, ese inquebrantable buen sentido, esa precisión viva, esa lógica maliciosa, ese nervosismo constante, esa vanidad egoísta, esa pasión febril y ese estilo que hace de él el primero de los prosistas franceses.

Escribió unas siete mil cartas, sin contar las que aparecen inéditas de vez en cuando. Refieren la historia de su vida, de su pensamiento, de su siglo, sus relaciones, sus estudios, los acontecimientos del día, y forma todos estos pequeños cuadros con agilidad, excelente juicio, impertinencia, atrevimiento y flexibilidad.

Nos dan cuenta de su permanencia en diferentes sitios, ya en Holanda, ya en el fondo de un yate, ya en Sully, ya en Londres, ya en París, ya en Cirey, donde se consagra á la física y al teatro, ya en Berlín, ya en Ferney, es decir en todos los sitios por donde pasó ó que le sirvieron de prisión, de retiro, ó de escenario para su existencia vagabunda, inquieta ó cansada.

Nos declaran los nombres de sus amigos y la sucesión de sus ocupaciones ó de sus preocupaciones: Thierot, Genouville, Cideville y el P. Poré, amigos y maestros de su juventud; Moussinot, el agente financiero de su naciente fortuna, Vauvenargues, el rey de Prusia, el mariscal de Richelieu, la emperatriz Catalina, el cardenal de Fleury, Malesherbes, Turgot, Franklin y sus numerosos amigos¹ y colegas, como d'Argental, la Sra. del Châtelet, la Sra. de Deffand, Juan Bautista Rousseau, Juan Jacobo Rousseau, Diderot, d'Alembert, La Harpe, Goldoni, etc. En ella se encuentra toda la historia literaria y política, el sistema de Law, la guerra de los Siete Años y todos los acontecimientos memorables; es un resumen diario y lleno de vivacidad, un conjunto de memorias cortas y animadas, de crónicas familiares de un siglo, de anales de una existencia cuyo desarrollo amplio ó irregular forma una majestuosa curva, desde los versos ligeros de su juventud hasta los graves trabajos de la madurez y hasta los nobles problemas sociales que sirvieron de meditación á su larga vejez. Y; qué variedad de asuntos, qué diversidad de tonos, desde las cartas de simple amistad, los memoriales en favor de los desdichados, cartas de reproches ó de felicitaciones, cartas de negocios ó de asuntos frívolos, anecdóticas ó filosóficas, que en su vasto conjunto demuestran los inauditos recursos y los infatigables resortes de aquel genio feliz!

Muéstrase á nosotros en los múltiples personajes que desempeñó, obsequioso, afable ó irritado, defensor de los desgraciados, de los oprimidos, enemigo implacable, vecino pleiteante, polemista, poeta, historiador, físico, filósofo, autor, actor, cortesano, arquitecto, albañil, sacristán, pastor, crítico, sabio, filólogo, gramático; prodiga los buenos consejos á los jóvenes, dirige terribles amenazas á sus adversarios y da ejemplo de prodigiosas facultades de trabajo y de asimilación.

¿No hay sombra en este retrato? Seguramente sí, y por cierto bastante oscura. Por muchas y variadas cualidades que se le reconozcan, hay una que se echa muy de menos en él.

Careció del don de edificar. Fué un rebelde, un demoleedor, se insurreccionó contra todas las cortapisas, contra el poder, contra la ley y contra las enseñanzas clericales; estaba enamorado de la libertad y

1. En los 52 volúmenes que forman la última y más cuidadosa edición de su correspondencia hay varias cartas dirigidas á españoles, como el Conde de Aranda, Mayens, Olavide, célebre autor del *Evangelio en triunfo*, etc. (N. del T.)

trató de echar abajo todas las barreras. Destruyó mucho más de lo que construyó. Desearíamos hallar en él un sistema lógico, una filosofía resuelta, la hipertrofia del ingenio ahogó el corazón. Se burla hasta el exceso. Alumbra sin calentar, trata superficialmente de los asuntos más graves; su buen humor raya muchas veces en impertinencia. Hace zapatetas delante de los santuarios y da higas á los ídolo. No tiene ni respeto ni religión. Colocó su ideal demasiado bajo.

La comodidad, los detalles físicos y la vida práctica tenían demasiada importancia á sus ojos. Todo estriba para él en digerir bien. Semejante fin asignado á la existencia carece de nobleza. La ironía agostadora y el escepticismo estéril, manchitaron la flor de su pensamiento. Confinóse en el mundo material, se propuso desconocer el más allá, no quiso pensar en él ni le pidió nada. Se burló de todo, sembró con las chispas de su razón luminosa todas las materias que trató; fué la encarnación del espíritu parisiense y debe llamársele el rey de los cronistas. Y sin embargo, su gloria ha sobrevivido y su nombre ha servido de grito de combate. Sus obras han tenido la mayor eficacia. Esto obedece á que el escepticismo no ha logrado penetrarlas y marchitarlas todas. No creyó ni en el sacerdote ni en el diablo; pero sería falso afirmar que no creyó en nada. Creyó en Dios, pero la doctrina religiosa y la metafísica ocuparon muy poco lugar en su vida, pues siempre prescindió de ellas. Toda su doctrina se redujo al bienestar material y á la tranquilidad aquí abajo. Se muestra completamente indiferente en cuanto á lo suprasensible. Su papel fué más bien social que moral. Hay que reconocer no obstante que fué resueltamente deísta, que creyó en un solo Dios porque había contemplado la armonía del mundo, porque el orden social exigía á su parecer recompensas y castigos, porque fué newtoniano, porque no aceptó la materia infinitamente extensa de los cartesianos, porque el materialismo y el ateísmo tienen algo de brutal y de poco distinguido que chocaba con su delicado gusto; porque el panteísmo era demasiado vago, demasiado difuso para su espíritu neto y amigo de los contornos determinados y claros. No fué ni soñador ni brumoso, sino preciso y franco. Alemania y Rusia no le echaron á perder y conservó la nitidez de forma de la raza latina. No comprende las medias tintas, los matices, las atmósferas vaporosas, los destellos confusos; necesita, como un ático y como un francés, líneas bien definidas, formas seguras, tintes francos y abundante luz.

Todo lo vago y lo vasto es superior á él y le coarta. No comprende la noción del infinito; es la sombra, el misterio. No se interesa sino por lo concreto y real. El infinito le espanta y le hace retroceder.

¿Quién me dará una neta idea del infinito? Jamás he tenido de él sino una idea muy confusa. ¿Qué es eso de andar siempre sin adelantar nunca, con-

tar siempre sin acabar la cuenta, dividir siempre para no hallar nunca la última parte? Parece que la noción de infinito se halla en el fondo del tonel de las Danaides. Sin embargo, es imposible que no haya un infinito. El principio del ser es un absurdo, porque la nada no puede dar principio á una cosa. Desde el momento que existe un átomo hay que reconocer que ha tenido alguna existencia de toda eternidad. He aquí ya un infinito hallado, sin que podamos no obstante formarnos idea clara de él. Se nos habla de un infinito en el espacio. ¿Qué se entiende por espacio? ¿Es acaso un ser? ¿Es nada? Si es un ser, ¿á qué especie pertenece? Nadie puede decírmelo. Si es nada, esa nada no tiene ninguna propiedad, y vosotros me decís que es penetrable é inmensa. Me hallo tan embarazado que no puedo ni llamarla nada ni llamarla algo... Vale más sin duda pensar en su salud que en el espacio infinito. Pero es el caso que somos curiosos y que existe un espacio. Nuestro espíritu no puede hallar ni la naturaleza de dicho espacio ni su fin. Le llamamos inmenso porque no podemos medirlo. ¿Qué resulta de todo esto? Que hemos dicho algunas palabras... Por mucho que nos empeñemos en designar el infinito de la aritmética con un signo, no podemos formarnos idea más clara de dicho infinito numérico... Del mismo modo que no podemos formarnos la menor idea positiva del infinito en duración, en número, y en extensión, no podemos tampoco formárnosla en cuanto á la potencia física y á la perfección moral... No hay nada capaz de limitar la potencia del ser que existe necesariamente por sí mismo: estamos de acuerdo, no puede haber ningún antagonista que le cierre el paso; pero ¿cómo podéis demostrarme que no puede hallarse circunscrito por su misma naturaleza? ¿Está acaso demostrado todo lo que se ha dicho acerca de este importante asunto? Hablamos de sus atributos morales, pero jamás nos los hemos imaginado sino conformes á los nuestros y nos es imposible obrar de otro modo. No le hemos atribuido la justicia, la bondad, etc., sino con arreglo á las ideas limitadas de justicia y de bondad que divisamos en torno nuestro.

Pero lo que puede asegurarse es que por lo menos tuvo una fe profunda y sólida, la fe en la justicia, cuyo reinado quiso establecer y servir. Su naturaleza rebelde é independiente le hizo lanzarse resueltamente contra todo los abusos, todas las iniquidades y todas las opresiones. Fué el apóstol de la equidad y esto era suficiente. En los dominios de la moral basta llegar al ideal por alguna de sus numerosas avenidas, para contemplarle y sufrir su influencia por completo. La verdad, la belleza y el bien son expresiones de una misma noción y de un mismo infinito: se llega al uno por el otro. Declarándose campeón de la justicia, Voltaire se convirtió en un hombre lleno de bondad, de caridad y de fraternidad; él enseñó al mundo cuánto vale y cuánto respeto merece la dignidad de la vida humana, de que nadie hacía caso antes de él; y orientó poderosamente la humanidad hacia la aurora de los tiempos nuevos, hacia el alba renovadora de la igualdad y de la libertad.

Completemos el retrato agregando el último rasgo, y éste será su comparación con el que fué, voluntaria ó involuntariamente, su colaborador en esta obra social.

Voltaire y Juan Jacobo Rousseau no podían entenderse. Eran dos apóstoles que trazaban el mismo camino. Ambos se mostraron independientes, llenos de indignación y batieron en brecha las vacilantes murallas de un caduco estado social, incompatible con la dignidad individual y la libertad. Tuvieron sed de aire libre y de espacio y lucharon contra todas las servidumbres, así monárquica como clerical, contra la tiranía de las preocupaciones, del fanatismo, de la superstición y de la ignorancia.

Pero había entre ambos defensores de la misma causa cierto antagonismo de procedimientos que debía separarlos. Voltaire era gran señor y Rousseau, proletario. El primero era amigo del lujo, de los grandes y de las grandezas, y hubiera vivido satisfecho en una sociedad en que la caridad y la bondad hubiesen reconciliado á los ricos y á los pobres sin sacar á éstos últimos de su humilde esfera. El otro detestaba la sociedad y se aislaba en medio de su orgullosa pobreza. Hizo circular entre el bajo pueblo¹ el ardiente soplo de sus aspiraciones, de sus rencores y de su altiva ambición. Análogas diferencias se observaron después entre Marat y Robespierre. Voltaire es el libertador con mangas de encaje; Rousseau el apóstol errante, el vagabundo de la libertad².

Juan Jacobo Rousseau (1712-1778) nació en Ginebra. Su padre era relojero y maestro de baile. Su madre, mujer bastante ligera, murió de sobrepeso. El niño fué criado por su tía y puesto luego en un colegio. Á su salida de éste, le pusieron de escribiente con un notario; pero como el oficio de escribiente le desagradaba, entró de aprendiz en casa de un relojero. Leyó mucho y sin método, é hizo no pocas picardías con sus camaradas. Llevado de su espíritu vagabundo, abandonó un día á Ginebra y se fué á correr el mundo. Recogido por un cura de aldea fué confiado á una señora caritativa de Annecy, la Sra. de Warens, que le envió al hospicio de catecúmenos de Turín para que le convirtiesen. Allí estuvo encerrado desde abril hasta agosto de 1728. Tenía diez y seis años y su permanencia allí no fué muy edificante. Salió con un luis en el bolsillo, se colocó de criado en varias casas, se

1. En tiempo de Rousseau el bajo pueblo no leía ni comprendía. Fueron los burgueses, las clases acomodadas, los nobles y hasta el clero secular y regular los que difundieron sus doctrinas, lo mismo en Europa que en la América latina. Véase acerca de esto la obra *Los Heterodoxos españoles* de Menéndez Pelayo. (N. del T.)

2. Sería tarea interminable el pretender formar la bibliografía completa de las traducciones y arreglos de Voltaire en nuestra lengua. La literatura volteriana bastaría para llenar una biblioteca. Todos los partidarios de la libertad constitucional en España y todos los próceres de la independencia en las Repúblicas de lengua española se nutrieron con las doctrinas de Voltaire, de Rousseau y de los enciclopedistas. (N. del T.)

encontró con un antiguo camarada de taller y se lanzó nuevamente á la vida aventurera, como un charlatán. Mediante algunos sueldos iba enseñando por las aldeas una fuente de Herón. Rompióse la fuente y, hallándose sin recursos, Juan Jacobo volvió á Annecy á casa de su protectora.

La Sra. de Warens es una figura demasiado graciosa en la historia de Rousseau para que no le consagremos al paso algunas líneas. Fué una amable aventurera, divorciada, picante y tan simpática como ligera. Existen de ella varios retratos. El menos interesante es la miniatura del museo de Cluny donde se halla representada algo envejecida, cincuentona, algo triste y afeada por el trajín de la industria y las dificultades de la vida. Rousseau, con un cinismo escandaloso, le envía socorros por medio de Teresa Levasseur. Ya no hay nada de común entre ella y la linda devota á quien encontró Juan Jacobo con su devocionario en la mano en una callejuela de Annecy, como Fausto encontró á Margarita.

Largillière hizo un delicioso retrato cuyo original existe en Boston y que representa el más agradable busto de mujer joven.

El rostro es ovalado y regular, los ojos azules y ¡qué ojos! Centelleantes de ingenio, á la vez vivos y cariñosos, iluminando á aquella exquisita y encantadora cara llena de gracia; la nariz presenta una deliciosa curva. Sus ventanas son muy finas, y parecen palpar como las alas de una mariposa; la boca, ni muy grande ni muy pequeña, se halla adornada por dos lindos hoyuelos á los que da relieve una discreta sonrisa; la barba es redonda y gordezuela, y el rostro se halla encerrado en el marco de una linda cabellera de color rubio y ceniciento que ella se complacía en peinar con cierto descuido que le daba mucho donaire. Los cabellos se hallan simplemente recogidos, dejando muy despejada la frente y caen en bucles sobre la nuca. El cuello, esbelto y gracioso, se une delicadamente á los hombros, que modelan los contornos de un seno encantador.

Contemplada de esta suerte, en retrato y en busto, la Sra. de Warens gana acaso más que pierde. Rousseau afirma que era bajita y hasta algo rechoncha, pero cuando nos dice: « Era imposible ver una cabeza más linda, un seno más hermoso, manos más bonitas, ni brazos más bien torneados », hay que convenir sin dificultad en que el retrato de Largillière es exacto.

El Sr. de Conzié nos ha dejado también, en una carta dirigida al conde de Mellaredé, un ligero pastel en que nos la presenta á la edad de treinta años: « Era de mediana estatura; pero parecía más baja á causa de su gordura, que había redondeado algo sus hombros y aumentado sobradamente el volumen de su seno de alabastro; pero hacía fácilmente olvidar estos defectos con su fisonomía llena de fran-

queza y de gracia interesante. Su risa era encantadora. Su tez, mezcla de azucena y de rosa, unida á la vivacidad de sus ojos, anunciaban la de su ingenio y daban energía poco común á todo lo que decía aun del modo más sencillo, porque todo en ella respiraba sinceridad, humanidad y beneficencia ».

Las relaciones entre la Sra. de Warens y Juan Jacobo duraron trece años, desde 1728 hasta 1741, y se vieron frecuentemente interrumpidas por ausencias voluntarias ó forzadas, tales como la permanencia de Juan Jacobo en Turín (1728); su viaje en compañía de Nicolás Lemaitre, durante la misión de la Sra. de Warens en París (1730); el regreso á Suiza para arreglar asuntos de familia, después de la vida inimitable de las Charmettes; y después de su accidente de laboratorio y de la entrega de su testamento al Sr. Rivoire, la cura que hizo en Montpellier (1738); el preceptorado en casa del Sr. Mably (1740); y por último su marcha definitiva á París (1741).

Aun se visita hoy día la más célebre de las viviendas de la Sra. de Warens, las Charmettes, convertida en museo por una piadosa é inteligente iniciativa. En lo alto de la colina cubierta de árboles, á poca distancia de Chambéry, en medio de un silencioso aislamiento, se yergue la pequeña vivienda intacta aún y tal como la describió Rousseau. Puede uno pasearse por el jardincillo que alegran las vincapervincas. Como en tiempo de sus amables huéspedes, se recorre la sombría alameda de castaños adonde iba á soñar por la tarde Juan Jacobo Rousseau ante el inmenso valle dominado á lo lejos por el Nivolet, cantado por Lamartine:

Le pic du Nivolet tout couronné d'étoiles¹.

Decora la fachada una lápida de mármol blanco en que hay grabados unos versos muy malos injuriosamente atribuidos á la Sra. de Epinay.

Al visitar aquella vivienda, que fué uno de los más célebres nidos de amor, se experimenta una sensación muy agradable. Todo ha permanecido casi en su estado primitivo; los muebles son los de la época de Juan Jacobo; en el comedor se ve la mesa en torno de la cual tomaban parte en aquellas alegres comidas, durante las cuales la Sra. de Warens, se complacía más en hablar que en comer; en el salón se ve el reloj que dió aquellas horas tan breves y la espineta en que Juan Ja-

1.

De Nivolet el pico, de estrellas coronado.

cobo estudiaba su nuevo sistema de notación musical. En el primer piso entramos en el oratorio¹ de la dueña de la casa, inmediato á su alcoba, donde parece que flota aún en el aire algo de su gracia y de su alegría. El nido permanece aún tibio, largo tiempo después de haber emprendido su vuelo las tórtolas. Sobre la mesas de trabajo en que la Sra. de Warens escribía sus cartas de recomendación, se ven colocados algunos libros. Allí están también el lecho de grandes colgaduras rojas, los sillones, los espejos y el velador, algo envejecido y deslucido, pero muy bien conservado y dispuesto á recibirla; parece que la esperan, que va á entrar, que va á abrir la puerta y que vamos á ver aparecer á aquella mujer deliciosa con el vestido rameado, el fino corpiño descotado, la rubia cabellera y fresca sonrisa.

Las cosas han sobrevivido en medio de su insensible permanencia, pero ya no existe la que animaba aquella decoración silenciosa y sin vida; el alma de la casa ha muerto: sólo queda de ella un vago recuerdo en el corazón de algunos literatos.

En el piso de encima se halla la modesta alcoba de Juan Jacobo, revestida con papel de colores claros, con su cama, su canapé, sus dos ventanas iluminadas por el sol naciente, que se abren sobre el grandioso panorama de las montañas lejanas que dominan el valle y por encima de las cuales centellean en el horizonte los ventisqueros de los altos Alpes.

En Annecy, lo mismo que en las Charmettes, reinaba una especie de alegre fraternidad, con un ligero matiz de respeto por una parte y de protección por la otra. Por parte de Juan Jacobo, había la necesidad incesante de estar con su ídolo y de hablar con él á solas. Experimentaba un sordo furor cada vez que llegaba alguna visita importuna; otras veces había entre ambos encantadores piques y niñerías en que tomaba parte alegremente su amiga, casi su tutora. Se los ve entregarse á la más locas bromas; la Sra. de Warens, hallándose en la mesa, se lleva algo á la boca; Juan Jacobo la detiene diciendo que ve una mosca y se apodera de lo que queda del bocado para tragárselo. Delante del hornillo del laboratorio de alquimia, vuelcan á lo mejor las cacerolas ó dejan por distracción que se carbonice algún jarabe en las marmitas. Otras veces se ve á la joven manipuladora, persiguiendo con sus lindos dedos embadurnados de opiata, elixires ó magisterios á Juan Jacobo que huye para librar sus orejas de las unturas. Y después de perseguirse mutuamente, reconcilianse tiernamente delante del clavicordio, en el que la maestra enseña á su discípulo la última composición de Gluck ó de Rameau.

1. Esta mezcla extraña de devoción y de libertad de costumbres es la característica del siglo xviii. Aquellas devotas y mundanas damas llevaban, como dice el refrán: *El rosario al cuello y el diablo en el cuerpo*. (N. del T.)

Es lástima que haya dispensado igualmente sus bondades á seres indignos, como un jardinero ó un caballero de industria y que haya tomado parte en torpes espionajes políticos; que se haya arruinado en la industria, en las fábricas de hilados, en las minas de carbón, y en las fábricas de jabón ó de chocolate; que se haya metido á chamarilera para acabar en la miseria; pero fué buena y amable con Juan Jacobo que, á no ser por ella, hubiera naufragado en la más profunda abyección. Basta que le debamos el haber conservado á Rousseau para que tenga derecho á nuestra simpatía.

En su casa, Juan Jacobo se entrega al ocio, contempla el lago, lee sin orden ni concierto, canta las cantatas de Clerambeau y piensa en hacerse cura. Á este fin entra en el seminario, del que sale al cabo de dos meses, no muy edificado.

Enamorado de la música, se convierte en discípulo y compañero del maestro de capilla de la catedral, en cuya compañía hace un viaje. Después se separa de él y vuelve hacia la Sra. de Warens, á la que no encontró por hallarse ésta en París. Entonces se dedicó á la vida vagabunda, se hizo profesor de música, bajo el pomposo nombre de Vaussore de Villeneuve. Fué á buscar lecciones á Lausana y á Friburgo, sirvió de intérprete á un archimandrita de Jerusalén que andaba pidiendo para el Santo Sepulcro, se improvisó director de orquesta, redactó un informe para un secretario de embajada en Berna, — ésta es su primera obra literaria, — obtuvo una carta de recomendación para París, llegó á esta ciudad, se hizo soldado, desertó, volvió á marcharse á Saboya, vivió algún tiempo en Lyon como verdadero vagabundo, durmiendo bajo los puentes, volvió á emprender su camino, admiró la naturaleza, las hermosas noches á orillas del Ródano, las montañas, los torrentes y las cascadas, y fué á parar á Chambery en 1732.

Allí encontró un empleo de escribiente en el catastro, pero no tardó en cansarse. Dió lecciones de música, y uno de sus discípulos le hizo conocer las *Cartas filosóficas* de Voltaire que acababan de aparecer y eran objeto de todas las conversaciones. Fué ésta la primera revelación de su vocación literaria. Sin embargo, no se impuso aún lo bastante para distraerle de otras ocupaciones, como la física, la farmacia, la botánica, y la química, que estuvo á punto de costarle la vida, con motivo de una explosión ocurrida en 1737. Iba formando su educación por sí solo, leyendo, escuchando, conversando, de acuerdo con la Sra. de Warens, que le albergó en las Charmettes en 1738. Allí vivió dos años seguidos; escribió el poema *Vergel de las Charmettes* y una ópera, *El Descubrimiento del Nuevo Mundo*, cuya música compuso. De 1740 á 1741 fué preceptor en Lyon. Entonces leyó á Locke, á Malebranche, á Leibnitz y á Descartes, tanteó las inclinaciones de su espíritu y lo fortificó. Se fué á París con quince luises, una ópera terminada y un método

nuevo de notación musical por cifras, método que más tarde adoptó y vulgarizó la escuela Galin-Paris-Chevé. La Academia de Ciencias y Rameau se interesaron entonces por semejante novedad, pero la declararon útil solamente para el canto. La música le sirvió sin embargo de sésamo útil para abrirle las puertas de la sociedad parisiense. Fué recibido en casa de la Sra. Dupin y de la Sra. de Epinay, pero al mismo tiempo tomaba por compañera á una criada de posada, Teresa Levasseur.

Existe una sepia de Naudet que representa á Teresa Levasseur. Es una mujer delgada, de estatura algo inferior á la mediana; su rostro es largo y aun lo parece más por la triple barba. Tiene los pómulos salientes y su nariz forma con la frente una curva regular; los ojos carecen de expresión; la boca entreabierta pone más de relieve la expresión triste y como embotada de la fisonomía; el exterior, en su conjunto, revela una persona bastante insignificante, suave, sin energía, iniciativa ni vivacidad. Su amante le arrancará sus hijos y se comprende que ella no tendrá fuerza de voluntad ni de carácter para protestar. Es una buena mujer insignificante y pobre de espíritu, tal como nos la presenta Rousseau: « Su espíritu se encuentra en completo estado de naturaleza, rebelde á la cultura y á los cuidados. » Con gran trabajo la enseñará á leer y á escribir, pero no será nunca capaz de contar, de comprender una cifra ó de poder leer la hora en el reloj de sol que hay enfrente de su ventana. Sus equivocaciones y despropósitos regocijan á los que la conocen. Tal es la mujer á quien Rousseau amó más largo tiempo ó por lo menos la que mereció que él tolerase su afecto y hasta correspondiese á él. Esta maritornes del hotel Saint-Quentin, esta ramplona y vulgar comadre, es la que gozó el beneficio del más constante cariño del grande hombre.

Éste se mostraba indulgente con su enfermera, á la que se había apegado más por necesidad que por agradecimiento. ¿Dónde hubiera encontrado otra de igual paciencia? La astuta enfermera supo hacerse necesaria, plegarse á sus exigencias y á sus gustos, divertirlé con sus cuentos de comadres y chismes de vecindad á que era muy aficionado¹, tomar su defensa en las disputas, lisonjear su manía de la persecución haciéndole ver enemigos en aquellos que eran víctimas de su enemistad personal y hacer pasar por otros tantos actos de abnegación tan mezquinas maniobras.

¿Hay algo más solemne y á la vez más cómico, más conmovedor y más liviano que la famosa celebración del matrimonio contraído en presencia de sus amigos Rosiere y Champagneux en la posada de la Fontana

¹ « Todo, en la vida de Rousseau, muestra cierto sello de mal tono literario y social, de cinismo frío y pedantesco de domesticidad y abatimiento lacayuno. » (*Hist. de las ideas est.* t. V, p. 96.)